

---

---

# Algunas reflexiones en torno al jardín islámico

---

---

## I. Planteamiento metodológico

La conciencia moderna se encuentra, ante el jardín islámico, obligada a reconocerle el hecho de haber herido el despotismo de la trascendencia. La conciencia desde Marx, Nietzsche y Freud se ha sometido a la desconfianza, a la dispersión y a la crisis de la duda. «El filósofo formado en la escuela de Descartes sabe que las cosas son dudosas, que no son tales como aparecen, pero no duda que la conciencia no sea tal y como aparece; en ella sentido y conciencia del sentido coinciden.» Entonces, ya no existe conciencia absoluta, ya no goza la voluntad de su naturaleza trascendental, ya se vive el crepúsculo del «discurso del método». El imperio cognitivo cartesiano se ha derrotado. La conciencia está acusada de su ausencia desde su presencia. Su ausencia es la inconsciencia, la inconsciencia es: los deseos oprimidos y olvidados que forman sus signos lingüísticos y psicológicos a través del procedimiento humano (Freud); las reglas económicas que determinan las relaciones humanas por signos sociales (Marx); el sistema lingüístico metafórico que oculta, con sus signos morales opacos, el placer de «decir/hacer» lo que «sentir» (Nietzsche); las reglas cognitivas previas del conjunto significativo que es el «discurso» (Foucault).

Nuestra cultura tiene que sufrir e indignarse de la inseguridad y del engaño que le fueron, hace largo tiempo, atribuidos por los sentidos fenomenalistas/delicados del lenguaje sagrado. El mundo es un imperio de los signos formado por sistemas de expresión (la palabra, la escritura, los gestos, la pintura, la arquitectura, la música), estos significantes ocultan y no muestran; por tanto, sus significados permanecen siempre como un juego nocturno en la opacidad psichistórica.

El jardín islámico es uno de los aspectos más intensivos de ese imperio simbólico. Es un sistema de expresión, un lenguaje, una red de significaciones. Es una fusión del gnosticismo oriental (persa, especialmente) con el hecho coránico «universal». La tendencia cálida que manifiestan los musulmanes, actualmente, hacia el saber estático de su originalidad patrimonial, les priva de percibir el funcionamiento latente y permanente de la palabra de Dios en los fenómenos silenciosos de la «profanidad»: Uno de ellos es el jardín. Este empleo humano nos enseña la asimilación emotiva de la Revelación por la voluntad humana, pero nos enseña más la percepción humana de la creación divina: el agua, las plantas, los árboles, el paraíso esperado. Nos enseña, desde luego, el desdoblamiento del hombre, un hombre musulmán que, sensibilizado por la poética coránica, se permite, asimismo, ver el universo y crear para él un mundo nuevo en el cual se vuelve un hombre nuevo «reanimado como las plantas nuevas, renovadas con nuevas hojas, purificado y dispuesto a subir a las estrellas». En este mundo se reduce el gran universo infinito, ordenado, bello y significativo a un lugar

armonioso, delimitado por formas geométricas coordinadas, ornado por flores, árboles y aguas deseados entre sí por la simpatía natural/divina, y ceñido por quioscos y paredes arquitecturales preciosas en las que se confunde lo bello con lo colosal. El hombre, entre estos signos, expresa el gran deseo de expiar el pecado de Adán, de revivir las esperanzas de Mahoma y dibujar las aleyas del Corán ante su vista real. En el jardín se vive el placer metafísico del paraíso (negación del plano físico), el tiempo de la otra vida (negación del tiempo precario) y la trascendencia del Corán (negación de la historia, la sociedad...) En él, las flores, los árboles, las aguas se desean entre sí y se mueven por la simpatía hacia el deseado/animador inmóvil.

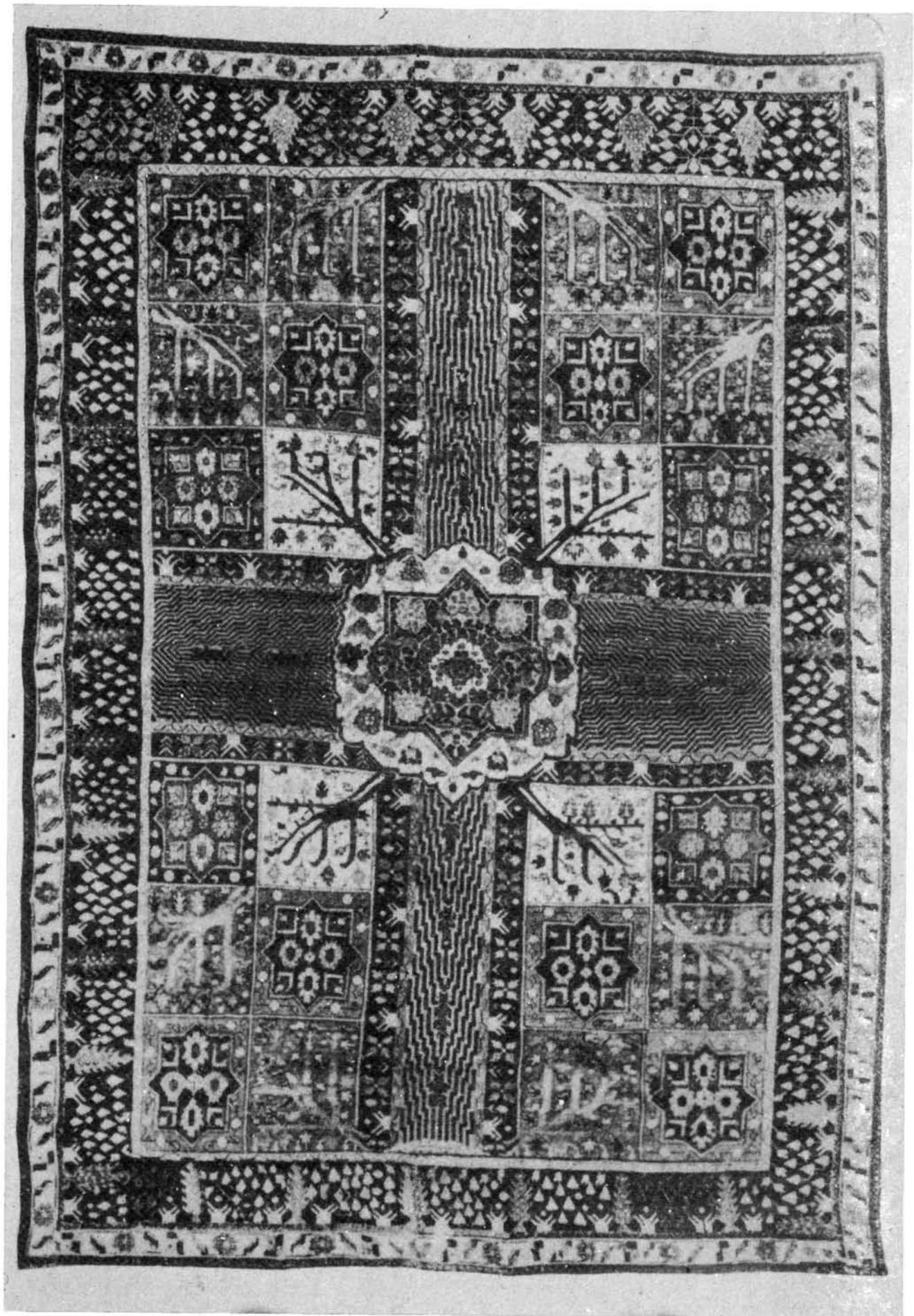
En el jardín islámico, los significados residen en las profundidades tenebrosas de los significantes, los sentidos se construyen por la erudición y la adivinación, por la hermenéutica. Epistemológicamente, el panorama de la significación que planteamos aquí, alude a la «episteme» de la «semejanza» que ha dirigido la discursividad antigua desde el pensamiento griego hasta el clasicismo. En esa «episteme» los significantes aluden a sus significados por semejanza, por similitudes; no será extraño, entonces, oír decir que las plantas del jardín nacen en las almas de las estrellas y crecen por el placer sexual arrancado mediante la salmodia armónica del libro sagrado. En este jardín las palabras se encabestran con las cosas en opacidades circulares, en las que los sentidos primeros permanecen fundidos en la conciencia absoluta del discurso divino.

Así pues, en el jardín islámico yace el discurso escatológico, en un silencio enorme, caracterizado —como configuración de elementos significantes— por sus transformaciones propias que dependen de sus leyes internas como un conjunto dinámico ligado a una intencionalidad; una creatividad revelada al lector/admirador como una estructuralización incesante.

Hasta ahora, parece ya oportuno que aludamos a la instancia metodológica que impone el tema. El tema planteado tiene que estar sometido a un estudio de perspectiva semiótica.

La semiótica es el estudio de la vida de los signos en el seno de la vida social. Ella —como ciencia— se pregunta sobre el signo, los sistemas significantes, su organización y las leyes que los rigen. Es la teoría de la significación y del conocimiento (una gnoseología).

El jardín islámico es uno de los sistemas de expresión que vive en este imperio de los signos. Sus signos son símbolos que expresan ideas reenviando a las cosas por la fuerza de las leyes; por tanto, cada forma simbólica informa el mundo más que lo limita. Este mundo es la esfera de lo «humano», entonces, el papel que ha de tener la semiótica consistirá en conceptualizar las realidades y dispersar el silencio mantenido por las reglas impensadas en él, como estructura o sistema organizado por su propia sintaxis. El jardín islámico lleva ciertamente las reglas impensadas que se han elaborado estructuralmente en la sociedad islámica dentro de una red caracterizada por la pluralidad de los hechos (históricos, sociales, políticos, psicológicos, artísticos...). Así, sería muy conveniente que tendiésemos a exhumar la significación a nivel de la diversidad. Porque, por una parte, las formas simbólicas del jardín musulmán se deben esencialmente a la diferencia y a la repetición de los orígenes (por ejemplo, el jardín islámico es el jardín persa definido por sus detalles gnoseológicos y elaborado por la



*Tapiz persa con decoración de jardín (siglo XVIII).*